

PRELUDIOS.

[Segunda edición.]

---

Sea este libro pobrecillo monumento á la memoria  
de mi única hermana Ana María de la Cruz, muerta en  
la flor de su edad

EL AUTOR.

NOTA BIBLIOGRAFICA.—La primera edición de este libro se hizo en la Imprenta de "La Voz de México," el año de 1893. Tenía el ejemplar 130 páginas + VIII en cuarto.



## PROLOGO

**E**N cierto pasaje del Cántico de Salomón las doncellas que formaban el séquito de la joven prometida, como viesan que ésta se apartaba de ellas presurosa, y anhelantes por contemplar á su sabor y gustar más despacio las gracias y donaires de su belleza deslumbradora, prorrumpieron en estas voces: "Tórnate, tórnate, Solimitana, vuelve tu faz para que la miremos." No de otra suerte solemos clamar á menudo aquellos con quienes anda esquivada la belleza artística, y á quienes sólo muestra, al huir de profano alcance, las bien modeladas espaldas, ó cuando más al soslayo su divina cara.

Pues bien, una de esas voces, que piden á la hermosura de arte nos deje disfrutar la vista de su celestial decoro, es este librito. Nada tengo de dones, ni señales de complacencia regalados por esa belleza literaria en todos los versos, que le componen. Son todos ellos fruto de mi amor ardentísimo (pero no muy favorecido) al arte. Ardentísimo, eso sí, que como en el arte he visto el trabajo, por el cual el hombre se asemeja á Dios creador, y en la belleza de lo creado, que el arte imita y retoca, el reflejo de la hermosura divina; han sido el uno y la otra blanco perenne de mis afectos. En pos de la hermosura artística he corrido los mejores días de mi juventud; y al frisar en ésta no sé qué ansia ardorósísima sentía por esa belleza, al grade de no querer

más luz en mis ojos que para ver la divina, que de los suyos manaba, ni más corazón que para anhelar por ella, ni más alas en mi mente, que por ver de volar á su seno y elevarme así á Dios. Pues noté entonces que todos los buenos afectos desde el purísimo y santo de la religión hasta el sencillez y natural de familia y amigos convergían por modo maravilloso, sin quebrarse ni aun torcerse, al de la belleza creada, que se ordena al sumo bien y la suma hermosura.

Resultado y recuerdo gratísimo de aquel afán me quedan muchos legajos de versos malos, que no son ni pueden ser sino *preludios* vacilantes de formales armonías, que acaso no lleguen á sonar por ineptitud del que preludia. De esos rasguños poéticos son parte y muestra los versos de este libro, que publico por dos razones: 1.<sup>a</sup> porque muchas personas, en quienes más puede la benevolencia, que el buen criterio literario, me han pedido copias de las composiciones, que entre mis muchos papeles (borroneados por mano estudiantil) escojo ahora; y creí que imprimirlas era el medio más fácil de satisfacer esas instancias, que digo: y 2.<sup>a</sup> porque ¿quién quita y mi empeño por el arte de buena ley, es decir, clásico, que se revela en los tanteos de este libro, se pase y prenda en mejores ingenios que el mío?

Fáltame escribir dos palabras sobre el contenido de este cuaderno. Cuyas partes son tres. Forma la primera un ensayo trágico, que algunos jóvenes estudiantes de Teología y amigos míos de corazón me obligaron á hacer no ha mucho tiempo. Comprometido á forjarle, con la inexperiencia de mis 20 años y la penuria de dos semanas ó poco menos, juzgue el lector cómo saldría la tragedia, y lo juzgará si tiene paciencia de leerla. Cierto que algo gustó representada, y á algunos no del todo les ha desagradado leída. Mas yo atribuyo lo primero al afán y destreza de los que la dieron vida en el escenario; y lo segundo al cariño, que los que la han leído, sienten por mí, y quizá, quizá á lo inmenso y grandioso, que de suyo entraña, la lucha eterna del alma humana con la materia, que osé plantear en mi malhadado "Aureliano."

Constituyen la otra parte del tomito traducciones de

30 odas de Horacio, 1 de Píndaro, 9 de Anacreonte, un fragmento de Teócrito y otro de Bion de Esmirna. He querido que estas obras clásicas sean como Cariátidas antiguas, que, desenterradas y maltrechas por la injuria del polvo y los tiempos, sirven de sostén á un edificio moderno. Así ellas vengan á sostener y avalorar, aunque destrozadas y raídas por mi mano, el pobre opificio de mi libro, que se desmorona y cae de puro mal hecho. Entre las versiones de Horacio van dos ó tres hechas al modo de Fr. L. de León, y por consiguiente trabajos arcaicos y sin duda desatinados. En las restantes he procurado conservar aún las construcciones del original hasta donde lo permite nuestra lengua; y mucho me temo no haber respetado siempre este valladar, que fijan la sana crítica y el buen sentido. Traduje las odas de Anacreonte en sonetos, menos una, que por más afanes no cupo en los catorce versos, sin quedar enteramente desvirtuada. Omití ó atenué alguno que otro pasaje menos honesto de este poeta. Las traslaciones de Horacio llevan al calce algunas notitas, que dan razón de por qué no sigo en la inteligencia de ciertos puntos el sentido de los intérpretes; y las he entresacado de los comentarios, que sobre ese poeta di á mis discípulos en las cátedras de humanidades, que serví en el Seminario los años de 90 y 91. Finalmente transformé también en sonetos un fragmento de Teócrito y el único, que nos queda, del poema perdido *Galatea* de Bion de Esmirna.

Hallará el lector al cabo de este libro algunos sonetos originales de quien esto escribe, todos ellos tentativas de arte clásico. Sé muy bien que escribir así no es hacer pan para nuestros tiempos; y si hubiera estado bueno eso en otros, abundantes en varones, que fueron amor y son deseo ardentísimo de las Musas. Mas precisamente los pongo allí porque no soy partidario del curso que traen ahora las letras, rompiendo con todo lo tradicional; y adoro los áureos días de letras que pasaron, y plegue á Dios hacer que (como el ave Fénix de la fábula) revivan más vigorosas y remozadas de entre sus pavesas, que esconden lumbre y aliento todavía.

México, Agosto de 1893.

ELIO TURNO DE ZAMORA.